

tonces habia llamado á su amante y segun el estilo dijónés su angel y su Dios; mas Parisis tenia algo del demonio. Sentia el infierno. Ella arriesgaba á ser condenada como todas las mugeres que buscan el paraíso.

Entretanto la persona que estaba de visita y que se fastidiaba al verse sola se colocó en el piano y tocó el vals de las Rosas.

—Bailemos el vals, dijo Octavio cogiendo á la señora de Argicourt por la cintura.

La persona que estaba de visita ejecutaba maravillosamente este vals que ha embriagado por espacio de cinco años á las pecadoras mas hermosas.

Y cuando resonó el postrer suspiro:

—Oh! Dios mio, dijo de pronto la señora de Argicourt; y mi visita!

—Oh! Dios mio, dijo de repente Octavio, y mi embajada!

## XXVII.

## EL VALS DE LAS ROSAS.

Octavio no habia descendido aun la escalera de la señora de Argicourt cuando pensó en la señora de Revilly.

Preguntóse como debia representar su papel; pero como era de aquellos que no creen sino en la inspiracion del momento, como no ignoraba que con frecuencia las baterias mejor situadas, pierden sus fuegos en un sitio, á la misma hora en que un accidente, una traicion, una cobardia, un acto de heroismo dá la plaza al enemigo, resolvió abordar, sin prévia reflexion, la amante abandonada.

Se presentó á su puerta. Habia vuelto despues de hacer su visita á la vecina, pero acababa tambien de salir.

Octavio se alegró tanto mas de esto, cuanto solo tenia cinco minutos que perder, para montar á caballo.

Llegó un poco tarde al Bosque, mas no por esto dejó de producir su efecto. El caballo que queria pre-

sentar, que era de buena sangre, produjo la admiración en todo el mundo. Los hombres decían en torno de Octavio. «Únicamente Parisís puede hallar estas gangas.» Y las mugeres esclamaban: «solo él puede montar tan buen caballo.»

Octavio pensaba vagamente en la señora de Revilly y en su embajada cuando de repente vió á esta muger en coche, la cual jugaba con su sombrilla como la princesa K\*\* juega con su abanico.

—Decididamente es hermosa, dijo inclinándose con una sonrisa.

En el Bosque el dar un saludo no inquieta á nadie, pues siempre hay alguien que lo acepta.

La señora de Revilly, lo aceptó.

—El señor de Parisís! dijo.

Un ligero rubor coloreó su semblante. Saludó con una gracia encantadora á semejanza de una muger de mundo que no pertenece completamente al gran tono cuando se vé saludada por el príncipe de Metternich, el conde Walewski ó el duque de Persigny.

—Está bien, dijo Octavio: somos ya antiguos amigos, toda vez que esta es la segunda presentación. Cuando mañana iré á su casa podremos hablar del pasado.

Y se afirmó en el concepto de que era hermosísima.

Al subir por la avenida de la Emperatriz, Parisís volvió á ver á la señora de Revilly; esta vez se pudo acercar á su carruaje.

—Perdonad, señora, dijo, si entro sin dar tres golpes.

Era una muger de talento y respondió en seguida:

—No hay nadie en casa, caballero.

—Una muger nunca está sola cuando está sola; pero esto no me concierne. Vengo, señorita, á pedir os una audiencia de cinco minutos.

—Una audiencia, caballero! pensais, tal vez, que concedo gracias?

—Aunque no sea mas que la de veros.

—Es una gracia que jamás concedo en mi casa, pues yo no recibo sino á mi esposo el cual no me mira. Vais esta noche á casa vuestro ministro á ver los príncipes estranjeros?

—Si me concedeis allí mis cinco minutos.....

En aquel momento, el cochero que no se inquietaba por aquella conversacion, se alejó mucho del paseo de los ginetes para que Octavio pudiese oír la contestacion de la señora Revilly; mas por la manera con que saludó hubo de comprender que en aquella noche seria muy accesible entre la muchedumbre del ministerio, entre los príncipes, los artistas, los embajadores,—y—á pesar de la diplomacia de las mujeres—los espropiados y los que piden serlo.

Se dice que cuando se busca una mujer no se la encuentra. No fué esto lo que sucedió por la noche á Parisís. Cuando subia la escalera seguia la cola de un vestido de magnífico aspecto que era de tafetan, sem-

brado de flores y cubierto de blondas. Un miembro del Instituto de la Academia de Antigüedades y de Bellas Letras que no había andado sino en los jardines griegos, pisó aquella cola, lo cual hizo que la dama volviese la cabeza.

—Es ella, dijo Octavio.

Y la saludó salvando tres peldaños.

—Hay gentes, la dijo, que hacen su camino, pero que no saben andar nunca en el mundo.

—Teneis razon. Si no me inclino no tendria ya vestido.

Octavio observó que el traje de la señora de Reville no era precisamente espléndido. Un lazo de cintas en los brazos, dos dedos de gasa en la cintura y dos pequeños nidos en el seno ó mejor dicho dos adornos que parecían dispuestos á emprender su vuelo, hé aquí su traje, el cual revelaba que la señora de Reville era una mujer bien formada.

—Venís sola, señora? la preguntó Octavio.

—Sí; hoy es día de liquidacion; mi marido hace bailar los números. Quizá se os ha dicho que tenia la locura de los millones. Yo, que soy sábia como Minerva, vengo al baile para hacer danzar mis diamantes.

—Y bien, cojed mi brazo, señora.

—Eso no. Qué se diria?

—Temeis ser expropiada?

Aun que no queria la señora de Reville, colocó su mano sobre el brazo de Octavio.

Pasaba tanta gente que pensó que nadie lo veria.

Se equivocaba; Octavio era un hombre á la moda y un elevado personaje que conocia todo lo que pasaba en Paris acentuó su sonrisa cuando aquella hizo su entrada.

—Ya lo veis, dijo á Octavio, me habeis comprometido horriblemente; ya estoy desorientada. Hacedme valsar para que me recobre. Octavio pensaba, entregado á su femenil curiosidad, que la señora de Reville era un tipo; mucha chispa y ni un átomo de talento. Pedia que la hiciese valsar para reponerse porque el torbellino era su elemento.

No andaba en la vida sino que daba vueltas.

Parisis valsó con ella. Era hermoso el verles bailar en su juventud y belleza el baile de las Rosas con la mas adorada desenvoltura.

Los bailarines de ocasion que poblaban los salones, eran eclipsados por ellos.

Octavio no podia menos de pensar que aquella era la segunda vez en el mismo dia que oia el vals de las Rosas con verdadera alegría.

La señora de Reville que era apasionada hasta morir, del vals, apoyaba su embriagada y ardiente cabeza en el pecho de Octavio que se estremecia bajo el calor de sus lábios y sobre la nieve de sus brazos.

Despues del vals, la señora de Reville percibió dos sillas cerca una puerta y arrastró á ellas al señor de Parisis, diciéndole:

—Ha llegado la hora de ocuparnos en asuntos formales; me pedisteis una audiencia y la concedo. Des-

pachad luego, pues no teneis mas que cinco minutos. Ved sino; aquí viene un danzante, un alma en pena que se acerca.

—Señora, os prohibo bailar el primer rigodon si no es conmigo.

La señora de Revilly soltó una carcajada que impidió al danzante el que se acercase hasta ella.

—Perfectamente, dijo la señora de Revilly, ¿creí que estaba libre hasta las dos de la madrugada mas parece que mi esposo os ha dado sus poderes. Quedaríais bien cogido si yo aceptase la palabra y si bailase con vos, pues veo allá una hermosa dama que os mira con la palidez de los celos.

—Señora, cuando estoy en sociedad no estoy en ella con las pasiones de la víspera. Quereis conocer mi filosofía del amor? El mas precioso sentimiento que hace latir el corazon es aquel que no tiene mañana.

—Me explicaré: encontrar una mujer adorable cual vos, amarla con dulzura y furor á un mismo tiempo, soñar juntos que Dios nos arrojó sobre la tierra para encontrarnos una hora en el recuerdo del cielo bajo las nubes de fuego de nuestra alma repentinamente enamorada; embriagarnos en un beso supremo cuando el corazon se precipita sobre los labios; oh! señora: hé aquí el soberano amor, hé aquí la dicha inesperada! Una hora así discurrida es un siglo en que se recuerda toda la vida, en que se recuerda la eternidad.

La señora de Revilly no estaba acostumbrada á esta elocuencia: miró sorprendida á Octavio que habia

cogido su mano bajo el pretesto de admirar su brazalete.

—Entonces, dijo, para vos, caballero, el amor no tiene mañana.

—Un mañana quizá y hasta quizá un pasado mañana; pero qué quereis que hagan dos amantes que caen en la costumbre? Esto es odioso, es ridículo, es inconveniente. Si os gusta el vino yo os compararé esto á aquellos bebedores que no prueban jamás de una botella cuando ha sido destapada. En la botella que contiene el amor, únicamente la primera gota es la que dá la embriaguez divina.

La señora de Revilly, por la primera vez de su vida, no se percibió de que se bailaba en torno suyo.

Octavio le pintó muy satánicamente el cuadro de su amor con Guillermo de Montbrun, ó mejor dicho, hizo su caricatura. Demostró á la jóven todo lo ridículo de esos antiguos suspiros lanzados al viento, de esas posturas académicas, de esas mentiras oficiales; desplegó ante ella con una complacencia burlona toda la astucia de los papeles que se representan mejor ó peor en esa eterna comedia: probó que el amor no engendraba sino el ódio, que los caminos gastados no daban sino polvo, que en este mundo solo existen comienzamientos, que el siguiente dia al de mañana trae siempre una novela enfadosa, que es necesario dar á leer á la doncella ó camarera.

Ya se comprenderá que en esta conversacion el

nombre de Guillermo de Montbrun no fué pronunciado.

El señor de Parisis estaba tan elocuente que á cada una de sus frases la querida de su amigo le decia por lo bajo: «Es cierto! es cierto!»

—Creedme, señora, continuó Octavio recurriendo á la elocuencia de los ojos: no hay en este mundo sino lo imprevisto y el primer capítulo. Un hombre y una mujer que van á amarse son adorables porque ponen en juego todas las fuerzas, todas las gracias, todas las poesías del alma y del cuerpo; un hombre y una mujer que se han ya amado meten en la vaina y para tiempos mejores sus coqueterías mas irresistibles; no viven sino que duermen.

—Es cierto! es cierto! murmuraba siempre la señora de Reilly; cuando Guillermo está conmigo, no encuentra nada que decirme.

Octavio iba á dar su último golpe.

—Existe, señora, un sentimiento que domina todos los otros, y es el de la dignidad del alma.

—Ah! señor de Parisis, me hareis morir de risa: es esto un sermón?

—Nó, señora, me atengo á lo dicho, y vais á comprender. Suponed por un momento, y esto es una suposicion, que habeis tenido un dia de amor; no es preferible para vos romperlo en seguida que arrastrar un amante que azota la cola, para engañarse y engañaros á vos misma? Quién no ha tenido sus horas de locura? estas son las que Dios y la conciencia

perdonan, porque es necesario sufrir las tempestades. Pero lo que Dios y la conciencia no perdonan nunca, es el querer perpetuar su locura cuando la luz está ya hecha. Yo aprecio mas una mujer que ha tenido diez amantes en sus aventuras, que una mujer que guarda un amante por reflexion.

—Os admiro, hé aquí una moral nueva. Decid: os ha autorizado el señor Duruy para que hagais conferencias? Era indispensable decírmelo pronto para pagar mi silla. Y por qué me sermoneais así?

—Linda pregunta! porque he valsado con vos y porque os amo.

La señora de Reilly parodió los dos versos de la Cigarra y la Hormiga:

Me amais y estoy contenta;  
Pues dancedmos entretanto.

Se iba á bailar un rigodon.

—No me gusta el baile, dijo la señora de Reilly; pero en fin, se tiene que hacer lo que querais.

Octavio se resignó, pero no bien habian hecho algunas figuras cuando vió á uno de sus amigos, el marqués de Sedilo, á quien tres ó cuatro rigodones no asustaban. Le llamó y le entregó la mano de la señora de Reilly.

—Señora, dijo, mi amigo, un noble italiano que danzaria sobre un volcan, va á bailar por mí; nos encontraremos en seguida y me direis si habeis quedado contenta.

—Esto es impertinente, dijo entre dientes la señora de Revilly.

Quiso montarse en cólera; pero el joven era tan seductor hasta en su impertinencia!... Por otra parte, el noble italiano era un hombre encantador. Cuando el rigodon hubo concluido, la señora de Revilly volvió á su silla y buscó con los ojos al señor de Parisis. Sentía la soledad en torno suyo.

—Habrá volado ahora cabalmente que ha alejado á mis amigos?

El marqués de Sedilo la había saludado y se había esquivado como un hombre que va á sus negocios amorosos.

Octavio reapareció y cogió su puesto entre los dos salones.—Y bien, señora, os ha gustado mi amigo?

—Sí, para bailar.

—Es que yo no he tenido la pretension de dároslo para que os robe. A propósito: hasta que hora permaneceréis aquí?

—A qué viene esta pregunta? Teneis vos la pretension de robarme?

—Otro diria:—Quizá... pero yo digo:—Sí.

—Sois impagable.

—Comprenderéis perfectamente, señora, todo el riesgo que podeis correr volviendo sola á vuestra casa, situada entre las soledades del boulevard Haussmann; avisad antes al prefecto.

—Y con vos no correré ningun riesgo? sois admirable! y qué dirian mis criados?

—Sé perfectamente que temeis mas á vuestros criados que á la opinion pública; mas si volveis sola á vuestra casa, que dirán ellos? Derramarán lágrimas por vuestro abandono. «Pobre señora!... siempre va sola!... un marido que no se ocupa de ella!... un amante que la hace traicion!»

La señora de Revilly se estremeció y casi se levantó de su silla.

—Un amante que me hace traicion! quién os dijo esto? yo quisiera ver quien me acusa de tener un amante.

—Me equivoqué: teniais un amante; pero ya no le teneis.

—Al hablarme así, estais loco, caballero.

Parisis cogió su abanico y la dió con él algunas oleadas de aire.

—Veamos, no se nos espia tras la puerta: estamos perfectamente solos. Por qué gastar inútilmente las expansiones de la dignidad? Conozco mucho el gran mundo para no saber que el señor Guillermo de Montbrun ha sido vuestro amante.

La señora de Revilly se mordió los labios y comprendió que no podia negarlo.

—Por qué decís *ha sido*, caballero?

—Porque he aprendido á conjugar los verbos del pasado y del futuro. *Ha sido*, señora, quiere decir que no lo es.

—Y desde cuándo?

—Desde que ha encontrado á la señorita Peau-de-

Satin y desde que se ha arruinado entre el polvo de sus caballos.

La jóven, por mas trastornada que estuviese, se contuvo y con el aire mas sencillo del mundo dijo á Octavio:

—Si fuésemos á tomar un helado?

—Sí, señora. Ya que toda la Academia esta aquí, digamos como su Diccionario: «Vamos á pintarrogear un poco.»

El tumulto, el vaiven y el movimiento de la fiesta debian disimular la emocion de la señora de Revilly. Su rápido pensamiento abrazó todo el periodo de su amor. No dudó de las frases de Octavio, sobre todo cuando recordó que desde hacia unas semanas Guillermo estaba violentado, ya que no aburrido. Juzgó que no habia querido romper con ella sino por un sentimiento de piedad.

—Cuántas coquetas! murmuró ella!

El señor de Parisis la oyó.

—No me habéis de ellas, señora, me cogerán todos mis amigos.

—Y á vos por añadidura.

—Ciertamente, si todas ellas fuesen cual vos.

—Cual yo?

—Sí, me echareis á la puerta de vuestro coche si vos no quereis venir al mio.

—Qué hora es?

—Es la hora de llamar vuestros lacayos ó los míos.

—Vamos al comedor.

El que estudia el corazon humano observa que la mujer, criatura ideal, pero golosa, no quiere perder sus derechos á los festines cualquiera que sea el estado de su alma. El diablo sabia perfectamente esto cuando le dió á comer la manzana.

En el comedor, la señora de Revilly cogió una taza de chocolate, un bizcochito, un café helado, un sandwich, un pedacito de naranja y un racimo de uvas.

Qué no hubiese devorado sin la fatal noticia?

Mientras se desesperaba así, en el comedor, Guillermo de Montbrun la contemplaba oculto entre un grupo de gente. Habia venido al ministerio de Negocios Estrangeros para encontrar en él á su nóvia. Pero el ver á esta no le habia podido arrancar por completo el recuerdo de su querida. No dudaba de su dolor, pues en su concepto si Octavio estaba con ella era tan solo para consolar aquel corazon destrozado.

Hubiese querido hablar á su amigo; pero viendo que la señora de Revilly volvia á coger su brazo remitió su curiosidad para el siguiente dia.

La jóven no habia tomado completamente por lo sério las bromas de Parisis. Se decia que Guillermo deseaba hacer ver que tenia una nóvia para ocultar mejor su juego.

Cinco minutos despues los criados gritaban á un mismo tiempo desde lo alto de la escalera:

—Los lacayos de la señora condesa de Revilly! los lacayos del señor duque de Parisis!

Lo cual hizo decir al duque de Aquaviva que en esta mezclanza de nombres dados en voz alta, el de Octavio salía siempre al lado del de una mujer hermosa: «Es un contacto hijo del azar!...»

En el momento en que el señor de Parisis y la señora de Revilly bajaban la escalera, Octavio, que conocía mucho los hombres, dijo á aquella que volviera su cabeza.

—Para qué?

—Para ver á Guillermo de Montbrun.

Octavio no se habia engañado. La curiosidad, el amor y los celos, habian arrastrado á su amigo hasta la escalera.

—Él es! dijo la señora de Revilly sorprendida. A qué viene? supongo que no ha venido aquí para encontrar á la senorita Peau-de-Satin.

—Nó, pero suponed que haya venido por vos.

La señora de Revilly estaba furiosa.

—Oh! dijo, si yo le hubiese amado!

Octavio soltó esta sentencia profunda:

—Nunca se ha amado á los amantes que no se aman.

El coche de la señora de Revilly fué el primero en presentarse. Octavio dió la mano á la jóven y se sentó resueltamente á su lado despues de haber dicho á su cochero que le siguiera con su carruaje.

La señora de Revilly era una mujer encantadora. Protestó al ver á Octavio á su lado; quiso hacerle bajar y hasta quiso bajar ella misma del coche. Mas el

jóven la habló con tal dulzura, magnetizó su cólera con tanta oportunidad, cogió sus manos con tanto amor, que ella se dejó desarmar poco á poco.

Un viaje nocturno desde el muelle de Orsay hasta los antiguos mataderos del Roule, cruzados hoy dia por el boulevard Haussmann, es un viaje hermosísimo. Se parte á las dos de la madrugada de la plaza de la Concordia, se sigue la avenida Gabriel, se interrumpe el silencio de la calle del Eliseo, se cruza la plaza Beauveau, se sube por la calle de Miromenil y se llega al término del viaje.

Mas por qué este es hermoso? es porque se ve errar sobre los muelles las sombras enamoradas de las mujeres del directorio que han esmaltado el Cours-la-Reine? Es por los ramos de los jardines de la avenida Gabriel, ilustrada por la señora de Pompadour?

Preguntadlo á Octavio de Parisis.

Me olvidaba decir que este viaje es hermoso cuando se hace en el coche de la señora de Revilly.